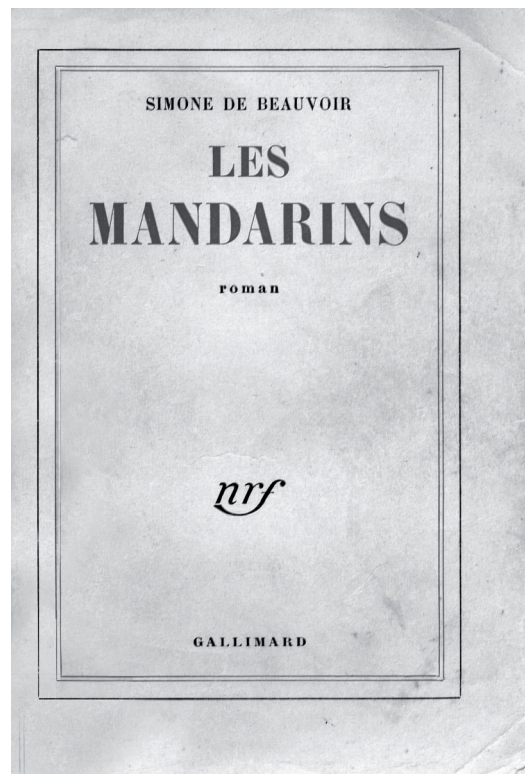


Los Mandarines

(fragmento)¹

Simone de Beauvoir

Portadas de Los Mandarines,
versiones francesa y española.



▲▲ (...) ¡Basta! Cada recuerdo despierta una agonía. ¡Cuántos muertos llevo en mi vida! Muerta la chiquita que creía en el paraíso, muerta la joven que creía que los libros eran inmortales, y las ideas y el hombre a quien amaba eran inmortales, muerta la mujer joven que paseaba feliz por un mundo que ella creía prometido a la felicidad, muerta la enamorada que despertaba riendo entre los brazos de Lewis. Están tan muertas como Diego y como el amor de Lewis; ellas tampoco tienen tumba: por eso se les prohíbe la paz de los infiernos; ellas todavía recuerdan débilmente y gimen pidiendo el sueño. Piedad para ellas. Enterrémoslas todas a la vez.

Caminé hacia la casa, pasé sin hacer ruido ante la ventana de Roberto. Está sentado a su mesa, trabaja; ¡cómo está de cerca! Cómo está de lejos. Bastaría llamarlo, me sonreiría: ¿y después? Me sonreiría a distancia, una distancia infranqueable. De su vida a mi muerte no hay puente. Subí a mi cuarto, abrí el cajón de guantes: tomé el frasco. La muerte que está en mí la tengo en la mano: sólo un frasquito oscuro; de pronto ya no me amenaza, depende de mí. Me acosté sobre la cama, apretando el frasquito, cerré los ojos.

Tenía frío y sin embargo traspiraba: tenía miedo. Alguien iba a envenenarme. Era yo, ya no era

yo, era noche cerrada, todo estaba muy lejos. Apreté el frasco, tenía miedo. Pero con toda mi alma quería vencer el miedo. Lo venceré. Beberé. Si no todo volverá a empezar. No quiero. Todo volverá a empezar; volveré a encontrar mis ideas en orden, siempre en el mismo orden y también las cosas y la gente, María en su cuna, Diego en ninguna parte, Roberto dirigiéndose apaciblemente hacia la muerte, Lewis hacia el olvido, yo hacia la razón, la razón que mantiene el orden: el pasado atrás, el porvenir adelante, invisible, la luz separada de las tinieblas, ese mundo emergiendo victoriosamente de la nada y mi corazón justo ahí donde late, ni en Chicago, ni junto al cadáver de Roberto, sino en su jaula, bajo mis costillas. Todo volverá a empezar. Me diré: "Tengo una crisis de depresión." Explicaré con la depresión la evidencia que me clava sobre ésta cama. ¡No! Ya he renegado bastante, he olvidado bastante, he huído bastante, he mentado bastante; una vez, una sola vez y para siempre quiero que triunfe la verdad. La muerte ha vencido: ahora ella es verdadera. Basta un gesto y esa verdad será eterna.

Abrí los ojos. Era de día; pero ya no había diferencia entre la noche y el día. Yo flotaba sobre el silencio: un gran silencio religioso como en el tiempo en que me acosta sobre mi acochado esperando que un ángel me llevara. El jardín, el cuarto, callaban. Yo también. Ya no tenía miedo. Todo aceptaba mi muerte. Yo la aceptaba. Mi corazón ya no late para nadie: es como si ya no latiera en absoluto, es como si todos los demás hombres ya hubieran caído hechos polvo.

Subieron ruidos del jardín: pasos, voces; pero no turbaban mi silencio. Veía y estaba ciega, oía y estaba sorda. Nadine dijo en voz muy alta e irritada: "Mamá no debió dejar a María sola" Las palabras pasaron por encima de mi cabeza sin rozarme: las palabras ya no pueden alcanzarme. De pronto hubo en mí un débil eco: un ruidito que me roía: "¿Habrà pasado algo?" María sola en el césped; un gato podía arañarla, un perro morderla. No; reían en el jardín; pero el silencio no había vuelto a cerrarse. El eco repetía: "No debí." E imagine la voz de Nadine enorme e indignada: "¡No debiste! ¡No tenias derecho!" La sangre me subió al rostro y algo vivo me quemó el corazón: "¡No tengo derecho!" La comezón me despertó. Me erguí, miré las paredes medio atontada; tenía el frasco en la mano, el cuarto estaba vacío, pero ya no estaba sola. Entrarán a mi cuarto, no veré nada pero me verán. ¿Cómo no lo pensé? No puedo infligirles mi cadáver y todo lo que seguirá en sus corazones: Roberto inclinado sobre esa cama. Lewis en la casa de Parker con palabras que bailan ante sus ojos, los sollozos furiosos de Nadine. No puedo. Me levanté, di algunos pasos, caí sentada ante mi espejo. Es raro. Moriré sola; sin embargo, mi muerte la vivirán los otros.

Me quedé largo rato frente al espejo mirando mi rostro de resucitada. Los labios se hubieran puesto azules, las nariz exangüe; pero no para mí: para ellos. Mi muerte no me pertenece. El frasco está todavía aquí al alcance de mi mano, la muerte está siempre presente: pero los vivos lo están aún más. Por lo menos mientras viva Roberto no podré escaparles. Guardo el frasco. Condenada a muerte; pero también condenada a

vivir. ¿Cuánto tiempo? ¿Diez años? ¿Veinte años? Yo decía veinte años es poco. Ahora diez años me parece infinito; un largo túnel negro.

-¿No bajas?

Nadine golpeó, entró, está de pie a mi lado. Me siento palidecer. Hubiera entrado, me hubiera visto sobre la cama, el cuerpo convulsionado: ¡qué horror!

-¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? -preguntó con voz inquieta.

-Me dolía la cabeza, subí a tomar aspirina.

Mi voz sale sin esfuerzo de mi boca, me parece normal.

-Y dejaste a María sola- dijo Nadine en tono de reproche.

-Iba a bajar en seguida, pero te oí. Entonces me quedé a descansar un rato -agregué:- Ahora estoy mejor.

Nadine me mira con aire desconfiado: pero lo único que sospecha es que tengo penas sentimentales.

-¿Es verdad? ¿Te sientes mejor?

-La aspirina me hizo bien -me levanté para escapar a su mirada inquisidora-. Bajemos.

Enrique me tendió un vaso de whisky. Miraba papeles con Roberto, que se puso a explicarme cosas con aire alegre. Me pregunté con estupor: "¿Cómo he podido ser tan aturdida? ¿Cómo no he pensado en los remordimientos sin fin que le

preparaba?" No, no era aturdimiento. Durante un instante estuve verdaderamente del otro lado, allí donde ya nada cuenta, donde todo es igual a nada.

-¿Me escuchas? -me dijo Roberto-. ¿Adónde estás?

-Aquí -dije.

Estoy aquí. Ellos viven, me hablan, estoy viva. De nuevo salté a pies juntillas en la vida. Las palabras entran a mis oídos, poco a poco cobran un sentido. Aquí están los presupuestos del semanario y los formatos que propone Enrique. ¿No tengo alguna idea para el nombre? Ninguno de los que han pensado hasta ahora me conviene. Busco un nombre. Me digo que puesto que han sido bastante fuertes para arrancarme a la muerte quizá sepan ayudarme a vivir de nuevo. Seguramente lo sabrán. O uno cae en la indiferencia o la tierra vuelve a poblarse; yo no caí. Puesto que mi corazón sigue latiendo, tiene que latir por algo o por alguien. Puesto que no soy sorda, oíré que me llaman de nuevo. ¿Quién sabe? Tal vez un día vuelva a ser feliz. ¿Quién sabe?"

Fin del capítulo XII

Cita

Ofrecemos este fragmento como una invitación a nuestras lectoras y nuestros lectores para leer esta obra, ganadora en 1954 del premio Goncourt. La transcripción corresponde a las páginas 692 a 695 con las cuales termina. La fuente de donde proviene es: De Beauvoir, Simone. *Los Mandarines*, Editorial Suramericana, Buenos Aires, octava edición, Buenos Aires, 1977. Traducción de Silvina Bullrich. La reproducción de la portada de este libro se acompaña de la de la edición francesa: De Beauvoir, Simone. *Les mandarins*, Gallimard, 24ª edición, Paris 1954